

REVISTA LITERARIA

DE

EL ESPAÑOL,

PERIODICO DE LITERATURA, BELLAS ARTES Y VARIEDADES.

N.º 9

LUNES 28 DE JULIO DE 1845.

CUADROS Y ESCENAS DE LA REVOLUCION DE 1820 A 1823.

Reunidas en la isla de Leon las tropas que condujeron á aquel punto Quiroga y Riego, y los trozos sueltos que se incorporaron, se vió desde luego harto claramente que era preciso renunciar por entonces á la esperanza de mayores refuerzos ni accesiones. La confianza en los anteriores compromisos y ofertas hubiera sido ilusoria: aquellos que habian tenido la disposicion y la oportunidad de remirarse, allí estaban; los que carecian de la una ó de la otra, era mas que probable que cada dia experimentasen ó menos inclinacion, ó mas estorbos.

Efectivamente, los irresolutos veian que cada dia hacia mas insuperables los obstáculos de los primeros pasos; lo limitado de las fuerzas congregadas y la inaccion de los pueblos; los determinados á todo trance encontraban mayores dificultades y veian interponerse entre ellos y los ya declarados fuerzas hostiles que se engrosaban insensiblemente. Era evidente que solo un movimiento extraño á los cálculos anteriores podia sacar á los constitucionales del compromiso en que se hallaban; y estos con una confianza verdaderamente sorprendente, parecia como que contaban con este auxilio extraño, y tomaron sus disposiciones para esperarle y aun para acelerarlo.

El cuartel general se estableció en San Fernando. Se organizó el estado mayor, y se dió una forma á las fuerzas reunidas. Se guarneció y fortificó del mejor modo posible la linea que habia de defenderse, en verdad demasiado estensa para tan corto número de soldados, y que hubiese sido imposible mantener, si la naturaleza no la hubiese fortalecido por algunas partes con los caños y las salinas.

Se hicieron salidas en distintas direcciones con el fin de proteger la llegada de los que venian ó podian venir á reunirse; y se hicieron dos tentativas atrevidas, de las cuales la una tuvo un éxito feliz y la otra no tuvo ninguno.

La primera fue la de apoderarse del arsenal de la Carraca con sus dependencias. Las tropas se enviaron por la ria que lo separa de la isla en varios lanchones, de noche y con el mayor silencio. Al aproximarse el primero, los centinelas de la batería inmediata á donde se proponian desem-

barcar, dió el quién vive? Se oyen entonces voces de alarma, y una que mandaba al artillero que hiciese fuego. Al mismo tiempo se vió el bota-fuegos volar por encima del merlon al agua, lo que mostraba que el que lo habia de aplicar no quería usarlo en aquella ocasion; y el lanchon atracó. Mandaba este el mismo oficial de guías COMBE, á quien hemos nombrado ya, y á su sereno valor se debe el que aquella expedicion terminase sin que hubiese que disparar un solo tiro. Desembarcó el primero, y encaminándose á la plaza de armas, encontró á las tropas de la guarnicion (que habian sido reforzadas la tarde antes) ya formadas y dispuestas á acudir adonde fuese necesario. Sin detenerse, sin acelerar tampoco su paso y como quien desempeña una mision ordinaria y de pura rutina, se dirigió al grupo de oficiales, y dando las buenas noches preguntó por la casa del gobernador; "porque, dijo como incidentalmente, voy á anunciarle que allí vienen las tropas y el general, y todos como hermanos." Y efectivamente así lo hizo, y entretanto llegaron las tropas desembarcadas con el jefe que las mandaba, y tomaron posesion del punto sin la mas mínima dificultad. Al dia siguiente se dió libertad á los detenidos allí por causas políticas, siendo el principal de ellos el llamado el Cojo de Málaga, hecho célebre por la circunstancia extraordinaria de habersele mandado ahorcar por órden especial del Rey, quien hizo que le llegase la conmutacion de esta que no puede llamarse sentencia, precisamente cuando despues de haber sufrido las agonías de la capilla, estaba ya sobre el jumento que debía haberle conducido al patíbulo. Por qué este oscuro individuo fue el elegido para semejante doble manifestacion de autoridad absoluta, no es fácil de discernir.

A las tropas y empleados que se hallaron en la Carraca, se les dió la opcion de unirse á los constitucionales ó de retirarse adonde quisiesen.

Ya antes de esto el castillo de Santi Petri, que está á la embocadura de la ria por la parte opuesta, se habia entregado voluntariamente, y con la adicion de la Carraca al otro extremo se habia completado el recinto defendido mas ó menos por todos sus lados menos por la parte de Cádiz; y este se fortificó con la mayor celeridad, tomando por base el torreón viejo de Torregorda, y construyendo obras de campaña, de las cuales la

batería principal que cortaba el arrecife, fue construida y armada en una noche por los oficiales francos de servicio.

La otra tentativa á que hemos aludido fue la de escalar la cortadura: empresa cuyas dificultades se iban tocando mas de cerca conforme se iba progresando hácia la ejecucion: y que al fin se encontraron tan de bulto que se abandonó cuando las escalas estaban ya casi al pie del muro.

Entonces se decidió la salida de la columna volante que ha sido despues conocida por la columna de Riego, por haber sido mandada por este, á cuya propuesta se hizo la expedicion.

Mucho se ha dicho acerca de lo ocurrido en los debates que precedieron á esta decision en junta de gefes, y ha habido quien haya supuesto que el consentimiento fue arrancado por el peligro que pareció inminente de una querrela abierta entre los caudillos del ejército. Que hubiese division de opiniones acerca de lo acertado de la medida es natural. Había razones poderosas en pro y en contra que debían suscitar diversidad de pareceres. La salida disminuía los medios de defensa de aquella posicion que todos convenían en que era preciso mantener; pero también manifestaba vida y arrojo, que podían estimular el espíritu dormido de otros parciales. La salida podia suscitar desconfianza en los que quedaban, desecho de independendia en los que salían y establecer distinciones en la clase de servicios que introdujesen rivalidades; pero también podia formar un apoyo fuera de la base de la isla que sostuviese á este no solo moralmente en la opinion, sino también con sus operaciones de un modo efectivo. Los resultados bien analizados demuestran que hubo acierto en la determinacion. La firmeza y serenidad manifestada por los que quedaron de guarnicion en la isla, fue secundada por los movimientos de los que estaban fuera, cuya ligereza é incertidumbre engendraban vacilacion en los oponentes, y rumores que cundiendo por el reino acrecentaban la importancia de la revolucion, y produjeron su fruto.

La posicion estable no se hubiera mantenido sin la columna; y esta hubiera desaparecido sin dejar resultados favorables, sin la posicion estable.

Mucho se ha dicho también acerca de una supuesta tentativa de sustituir á Quiroga por Riego en el mando superior. Es indudable que este se habia visto en circunstancias que habían hecho patentes la enjerja y actividad de que estaba dotado y su carácter afable; pero si esto pudo atraerle un partido, es positivo que estuvo la prudencia de calcular los daños irreparables que solo el intentar tan importantes mudanzas en los primeros pasos de la revolucion, hubiera infaliblemente producido, y se abstuvieron de proponerlo. Si algunos dieron expresion á este deseo, fueron sin duda los mas allegados

á su persona, á los cuales el mismo Riego tuvo la sensatez de acallar, á pesar de su conocida deferencia por sus inmediatos acompañantes.

Los movimientos de la columna de Riego, tienen que ser tratados separadamente, pues la interposicion de fuerzas hostiles entre ella y la isla de Leon, cortó toda combinacion entre los dos cuerpos constitucionales.

No creemos que esto produjese ningun mal á la causa que defendían; al contrario, tenemos por cierto que contribuyó á su salvacion; pues de este modo se evitaron rivalidades que hubieran sido muy difícil atajar.

Es evidente que las circunstancias habían puesto en primera línea á dos hombres de caracteres opuestos, y que Riego tenia de su parte á los mas entusiasmados; y no es enteramente seguro que este al fin no se hubiese dejado arrastrar de las sugestiones lisonjeras de sus secuaces y de su espíritu sobradamente independiente. Pero no es menos indudable que los hombres de mas juicio hubieran tomado parte con el gefe que de antemano se habia elegido, y lo hubieran sostenido con todos sus defectos, aun cuando los tuviese, á pesar de las reconocidas calidades que hacían á Riego idóneo para un mando de aquella naturaleza. La disciplina, la política y la seguridad requerían que se evitasen alteraciones de esta especie, y una disidencia en aquella crisis podia haber arruinado las mas bien fundadas esperanzas: la separacion dispuso este peligro.

A. R. C.

ARCHIVO DE SIMANCAS.

SU ORIGEN.—INSTRUCCION PARA SU GOBIERNO Y REPARTO INTERIOR.

Las causas que precisaron la construccion de este establecimiento fueron sumamente urgentes, por el descuido y abandono en que se hallaban los papeles pertenecientes al Estado y los documentos de mayor entidad tanto de este como de las familias mas principales del reino. Pero la que mas impulsó esta determinacion fue el suceso siguiente:

Presentóse un dia en la cámara del rey D. Felipe II un sacerdote, y le dijo que tenía que comunicar á S. M. un descubrimiento de la mayor importancia y trascendencia, siempre que se le prometiese guardar secreto; ofreciólo así el rey, y el sacerdote le dijo: Señor, yo vivo en casa de un escribano de Valladolid, de cuyos hijos soy ayo y preceptor. Mi cuarto se halla contiguo al hueco de una escalera grande, cerrado solamente de un tabique muy ligero; animado un dia de la curiosidad y observando por una rotura que hay en él, registraré con una luz su ámbito; habiendo visto una multitud de papeles, quiso mi curiosidad reconocer algunos, y á los primeros repusos hallé las capitulaciones de los reyes católicos, demarcaciones de Indias, bulas de real patronato y otros muchos importantísimos á los reales derechos de

S. M.; en vista de este resultado estendí mis indagaciones y examiné todos los desvanes y rincones de la casa, y ví en todos ellos muchos otros papeles arrojados allí como inútiles, y que podrán ser de tal calidad que no merezcan semejante abandono; y habiéndome parecido es del real servicio esta noticia, he querido dársela á V. M. fiado del secreto. Agradecióle la nueva aquel felicísimo príncipe, y tanto por este motivo como por otro pretesto, mandó inmediatamente al licenciado Briviesca de Muñatones de su consejo, y al secretario Diego de Ayala, oficial mayor de la secretaría de Estado, para que asegurasen estos papeles. Disponiendo S. M. al mismo tiempo que se destinase el castillo de Simancas, situado en la margen derecha del Pisuerga, á dos leguas cortas de Valladolid y á la entrada de Simancas, para formar su real archivo, ordenando en el año de 1561 que se pudiese al único cuidado del referido Ayala, persona de toda su real confianza, y de todos los requisitos que exigía tan importante encargo, dándoles facultades amplísimas para recoger en el archivo todos cuantos papeles hallase concernientes á él; asimismo expidió órdenes circulares á todos los consejos, tribunales, ministerios, comunidades y personas particulares en cuyo poder se hallasen estos papeles, á fin de que se los entregasen para colocarlos y ordenarlos; en cuya virtud ejecutó Ayala lo que no es decible; por su actividad y buena inteligencia fueron descubiertos muchos é importantísimos papeles: de los que los que existen de mayor antigüedad en el archivo, fueron descubiertos en una cueva de Valladolid, donde yacían olvidados. Clasificó en distintas y separadas piezas los pertenecientes á cada tribunal: ordenó los legajos por sus fechas y materias, haciendo otras muchas cosas casi imposibles á las fuerzas de un solo hombre.

Fue tal y tan excesivo el celo y amor que demostró Ayala por los papeles, que quiso sacrificar su fortuna y la de sus descendientes á este importantísimo objeto, condenándose á que fuesen habitantes perpétuos de una villa de corta extensión, renunciando á la elevada posición que adquirieron todos los secretarios de su tiempo y oficiales de su grado solo por no separarse de los papeles á quienes había tomado un gran cariño; tanto desinterés y desprendimiento en favor del interés general de la nación y el sacrificio de la fortuna de toda una familia á los negocios del Estado, son actos que prueban un patriotismo á toda prueba digno de un alma castellana; pero por desgracia son pocos los que han imitado á Ayala, tanto en este como en otros muchos importantes sacrificios que contribuyeran altamente al engrandecimiento y la gloria de la nación.

Logró Ayala cuanto deseaba, haciendo hereditario el amor á los papeles, á todos los individuos de su familia, continuando sus hijos y descendientes como se ve hoy en día trabajando con el mismo celo y asiduidad, ocupando las plazas de ar-

chiveros y oficiales de dicho archivo, educándose todos ellos en la inteligencia y comprensión de los papeles, haciendo de ellos un estudio particular, como se reconoce al examinar su utilidad para manejarlos, el cuidado y buena ordenación con que los conservan y el celo que los consagran. Pero es cosa muy digna de notarse, que debiéndose muy particularmente á esta familia (ilustre por su nacimiento, y conocida en Europa por su cargo) este grande y universal beneficio, haya sido tal el olvido de él, que no goza otra señal de gratitud, que los cortos sueldos de sus destinos, viviendo por consecuencia, voluntariamente, en la escasez que es consiguiente á la carencia absoluta de otros bienes de fortuna.

Arreglado que estuvo el archivo como exigía un establecimiento de este género, formó S. M. el Sr. D. Felipe II, el año 1588 una instrucción para el gobierno y régimen interior del archivo, ordenando entre otras cosas, que de tiempo en tiempo fuesen remitidos á él los papeles pertenecientes á los consejos y tribunales creados en ellos y que no fuesen necesarios en aquellas oficinas para el despacho de los negocios. Del modo de observar la referida instrucción y de su inobservancia por olvido á otros motivos particulares, resultaron dos gravísimos males. El primero por haberse llevado á bulto sin dejar en las oficinas mas noticias de ello que la de los legajos ó libros por mayor; así es que se carece en ellas de las noticias que aquellos contenían. Y del segundo por no haberse trasladado al tiempo oportuno, se padece el mismo desorden y confusión en los archivos de los tribunales.

La fábrica material de este archivo es una fortaleza ó castillo con sus murallas, cubos y fosos; y aunque de obra muy antigua y tosca en lo exterior, por dentro es muy hermoso y claro y las piezas sumamente capaces y espaciosas. Las que caen á Oriente y parte del Norte y Mediodía están ocupadas con papeles, y la restante sirve de habitación al archivero. La puerta principal que facilita entrada al archivo mira á Poniente y dá á un patio grande. A la entrada de esta puerta hay una hermosa escalera de piedra; el pie solamente, y al piso de la puerta principal á la derecha hay una pieza de admirable arquitectura, que contiene tres estancias muy capaces, con el techo artesonado, el suelo de ladrillo fino, y en las paredes un sinnúmero de nichos ó anaqueles de ladrillo y yeso hechos con gran simetría, para colocar los papeles, en los cuales habén habido infinitos de ellos. Las dos primeras que son mayores estaban enteramente desocupadas en el año de 1713; y la tercera, que está formada en el centro de un cubo de la fortaleza y es casi ochavada, tenía algunos papeles modernos de la secretaría de Estado, que se hallaban allí bastante mal colocados: en la actualidad, están casi llenas estas tres piezas con muchos papeles modernos y otros antiguos que se trasladaron de diferentes estantes del archivo. En estas

tres piezas está contenido por aquella parte que dá al Mediodía. A la izquierda de la puerta principal hay otra puerta igual y en frente de la precedente. Entrase por ella á una pieza grande con ventana rasgada y rejas de hierro que dá á Levante, la cual sirve de despacho de verano á los oficiales y demas empleados. Despues hay otra gran pieza muy ancha y alta con reja al mismo viento, está llena de alacenas grandes con puertas y enrejados de madera, que tienen estado y medio de altura. Divide la altura de la pieza un corredor de madera desde el cual hasta el techo hay otro orden de alacenas iguales en un todo á las de abajo que contienen los papeles pertenecientes al consejo y ministerio de Hacienda, Tribunal de la Contaduría mayor y todos los demas pertenecientes á la real Hacienda que contienen todo lo concerniente á el archivo. Pásase de esta pieza á otra pequeña en forma de rotunda, la cual tambien es centro de otro de los cubos del edificio la cual contiene los registros de la antigua cámara de Gracia. La secretaría de cámara de Gracia es tan antigua, que no existe noticia alguna acerca de su origen. Fue la primera que existía en Castilla, y sus papeles alcanzan al año de 1214; los negocios que se despachaban abrazaban y comprendian todos los de la Corona, hasta que erigidos y creados los consejos y Tribunales, se les aplicó á cada uno los que eran de su cargo. Por la formacion de la cámara queda reducida esta escribanía á la expedicion de las gracias y mercedes que los reyes tenian á bien conceder de Grandes y títulos de duques, marqueses, condes, almirante, mayor donio y caballeros mayores, empleos y oficios de casas reales, y todos de las ciudades, villas y lugares, convocatorias á Cortes, juramentos, pleitos, homenajes, facultades, indultos, y otras cosas de mucha consideracion. Y como muchos de estos empleos y gracias estan perpetuadas, y con distintas calidades, es conveniente á los interesados consten las mercedes de ellas y los motivos de su creacion. Los papeles de la secretaría de Gracia que existen en el archivo de Simancas son veinte y un legajos grandes muy antiguos que contienen admirables noticias, utilísimas para la corona y para los pueblos y vasallos de la de Castilla, los cuales comprenden aunque no seguidamente desde el citado año de 1214, hasta el reinado de Felipe II, distinguiéndose de los demas del archivo con el título de: *diversis de Castilla*. Siguen á estos otro escesivo número de legajos, de consultas y expedientes causados desde el año de 1637 hasta el de 1638 que fueron los últimos que se habian llevado antes del año de 1713 y de los cuales hay cuatro inventarios, pero con la limitacion ya dicha.) Tambien hay en el archivo trescientos cincuenta y dos libros de registro, en que están sentadas á la letra en unos y en extracto en otros las reales cédulas y despachos expedidos por dicha secretaría desde el año de 1494 hasta el 9 de octubre de 1629, y contie-

nen noticias tan importantes como ignoradas de todos: á los registros de que hemos hecho mencion se han añadido una infinidad mas que comprenden todos los decretos y demas documentos importantes expedidos hasta el dia. En el año de 1718, se trasladaron de real orden todos los papeles de las secretarías á Simancas, y fueron de la de Gracia y de la oficina del sello y registro de corte sesenta y ocho cajones, de los que el menor no bajó su peso de doce arrobas; de cuyo número tan escesivo resultó que el inventario que se hizo comprendiendo solamente los nombres de los interesados, ocupó mas de una resma de papel.

Despues de la estancia de que antes hemos hecho mencion, se entra en otra verdaderamente real y magnífica por su hermosura, capacidad y claridad, muy larga y de una anchura proporcionada; su fábrica es moderna, está rodeada toda de estantes y divididos sus altos con corredores de madera; contiene esta pieza todos los libros ó legajos en papel agujereado, que llaman del registro general de corte, ó del sello real, distinguidos, separados y colocados por meses. Y para que se forme una idea de la espaciosa capacidad de esta pieza, basta decir que siendo el cuerpo de cada uno de los meses que contiene cada libro ó legajo muy erizado, y empezando estos desde el año 1475 en adelante, aun hay en el dia capacidad para un gran número de los sucesivos. Estos libros ó registros del sello no solo son los papeles mas cabales que hay en el archivo, sino que son una mina preciosa de donde pueden sacarse noticias importantísimas y que suplan á falta de muchos papeles que se han estraviado, porque ellas abrazan todo cuanto se despachó en el Consejo de Castilla, Cámara, Hacienda, y los demas que no tienen sello diferente. No tienen indices; así es que para hallar lo que se busca en ellos es preciso llevar noticias del dia mes y año, porque es impouderable el trabajo que cuesta el reconocer los de un solo año; porque la letra especialmente en los muy antiguos, es casi ininteligible á los que no estan prácticos. En esta pieza concluye la parte baja del archivo; y aunque para subir desde ellas á las altas hay escalera secreta, volveremos á la de la puerta principal. Es hermosa y fuerte, sus peldaños y paredes son de piedra blanca, tiene dos mesetas ó descansillos, y mucha luz. Acabando de subirla se entra á la izquierda en una pieza grande, en la que trabajan los empleados en el invierno, y tiene una gran ventana rasgada al Mediodía. Está en la misma pieza embuida en la pared una alacena ó estante grande, hecha con mucho primor y con varias separaciones, en que se guardan todos los inventarios de los papeles del archivo con cuidado y seguridad. En medio de esta por el costado que mira á Levante hay una puerta grande con la jamba, y encima de cuyo lintel se vé un escudo de armas reales y un rótulo que dice: "Patronazgo real." Entrando por esta puerta se des-

cubre una sala muy grande casi cuadrada toda ella de soberbia arquitectura, porque su pavimento es de jáspe blancos y negros, el cielo en forma abovedada con preciosas molduras, y al redor de sus paredes estantes todos iguales y capaces para la colocacion de los papeles; no tienen puertas y esto hace que sea mas lucida por la uniformidad y simétrica colocacion de los legajos, todos ellos con sus carpetas blancas y rótulos iguales, que la dan una bonita visualidad: esta pieza y otra que da al Mediodía correspondiente en el primor á la anterior, y de forma ochavada por estar situada en el centro de un cubo de la fortaleza, son las que corresponden á las de que hemos hablado á la derecha del piso bajo, están ambas llenas de papeles pertenecientes á materias gravísimas, antiguas y modernas que abrazan y comprenden enaunto toca al Estado de España, y los demas reino y potencias. En ella están veinte y un tomos de Juan de Berzosa, y en estas piezas está contenido el archivo por la parte del Mediodía. Volviendo al descenso de la escalera principal se vé una puerta que está en frente de la anterior, la que conduce á una pieza hermosa rodeada de estantes iguales, que ocupa un crecido número de papeles antiguos que conciernen á la real Hacienda.

C. M. NAVARRO.

LA CENA DEL SEÑOR,

DE LEONARDO DE VINCI.

Leyenda alemana. — Artículo III.

Bien, dijo el triste reanimándose, apuraré el amargo cáliz y pintaré la verdad y no otra cosa.

Con mano incierta cogió el pincel y principió la obra, colocándose el duque delante de él en actitud altiva cubierto de un manto de armiño, recomendándole con palabras imperiosas que pusiera el mayor esmero en aquel trabajo. Dos veces fué necesaria la presencia del duque antes que quedase concluido el bosquejo, restando no mas que dar los colores al retrato. Pero á medida que este se aproximaba á su conclusion, se aumentaba la angustia y los temerosos presentimientos de Leonardo. Al fin llegó el momento en que lo contempló terminado delante de sí. La semejanza de aquella fatídica figura empezó á ejercer entonces una influencia estraña sobre su ánimo. ¿Cómo, exclamó horrorizado, el pincel de Leonardo de Vinci ha podido crear tan horrible monstruo? ¿Y bajo su nombre has de estar colgado en la galería durante siglos? ¿Con esa personificación de la infamia he de manchar el arte noble que profeso y empujar el puro brillo de mi futura gloria? Buve

de mí, imagen de Satanás! y al pronunciar estas palabras pisoteó el cuadro, rompió el lienzo y desgarrándolo en seguida con una especie de furor frenético esparció por el aposento los fragmentos del boceto.

— ¡Hola! ¡hola! maestro, exclamó con voz ronquilla el Dominico que por orden del duque había ido á inspeccionar el trabajo, y que en aquel momento asomó la cabeza por la entreabierta puerta. — A la verdad que teneis raptos fatales y me atrevo á decir peligrosos.... Pero, seguid, no quiero interrumpiros.

Un temor mortal heló la sangre en las venas de Leonardo, y cuando despues que desapareció la sardónica figura del fraile pudo recobrar su serenidad, apreció en su verdadero valor las consecuencias del acto que en un arrebató de furor artístico acababa de cometer. Habia maltratado de una manera infamante el retrato de un príncipe, y gran castigo debía temer de su dignidad ultrajada. Pero pronto se apoderó de su noble corazon otro dolor mas amargo que el presentimiento de todas las desgracias que pudieran llover sobre su cabeza.

Habia hecho tambien una ofensa á su ilustre protector pagándole con negra ingratitud los beneficios que le dispensaba.

— ¡Oh! qué es lo que he hecho, exclamó lleno de arrepentimiento fijando la vista en los fragmentos que cubrian el suelo! Sí, por muy horribles que sean las miradas de esos ojos, el cariño brillaba en ellos siempre que á mí se dirigieron! Esos pálidos labios siempre me han hablado á mí con dulzura. ¡Oh! mi buen duque, por muy cruel que hayas sido con los demás, para mí siempre fuiste un amigo, un bienhechor. ¿Qué culpa tienes tú de que la naturaleza te haya dado esas formas monstruosas? Y mientras decia semejantes razones regaba con lágrimas de arrepentimiento las desgarradas reliquias. En esto volvió á abrirse la puerta y se vió llamado á la presencia del duque.

— No quiero halar tu auxilio, Andres; si bien me encuentro en el mayor conflicto de mi vida, exclamaba lamentándose tristemente, porque he faltado á los deberes que me recomendaste cediendo al impulso de mis pasiones. Sufriré el castigo que he merecido.

Y haciendo estas reflexiones y preparado á arrostrar todo el rigor de la cólera del príncipe, entró en las estancias reales.

Con aire iracundo y sombrío se paseaba el duque de un lado á otro en silencio. En el alfeizar de una ventana estaba el prior con las manos cruzadas y los ojos fijos en el suelo y al rededor de la sala los humildes cortesanos sepultados en el mas profundo silencio, sin interrumpir siquiera el eco de la respiracion, aquella calma terrible que anunciaba el estallido de la próxima tempestad. Largo tiempo duró tambien el silencio del duque. Al cabo de un rato preguntó al maestro con la tranquilidad afectada de una cólera violentamente reprimida. ¿Dónde está mi retrato?

—Está destruido, murmuró Leonardo.

—Destruído! exclamó el duque alzando la voz. ¿Con que habeis vuelto á las andadas? ¿Con que siempre destruido? Y ahora nada menos que mi retrato! y por qué razon?

Entonces alzó el prior sus maliciosos ojos diciendo con tono adulator:

—Señor, probablemente habrá sido por respeto por el sentimiento de su insuficiencia para acometer tan alta empresa y por temor de no poder igualar al noble modelo que debia reproducir.

—Mentís, padre prior, gritó Leonardo encolerizado con el decidido valor del que ya ve la muerte segura.

—¿Qué miente? dijo el duque retrocediendo dos pasos y cubriéndose su rostro de una palidez mortal. ¿Con que no fué esa la razon? y lo declarais así paladinamente sin mas ni mas? ¿Cuál ha sido pues, la causa?

—Un rapto de locura, respondió Leonardo recobrando su serenidad; un momento de frenesí, respetable, señor, ira contra mí mismo.

—Sí, así fué; le interrumpió el duque con tono orgulloso: os hago hasta cierto punto justicia y á la verdad que por el interes de vuestra gloria habeis hecho bien en no dejar á la posteridad una obra defectuosa, sobre todo considerando la naturaleza de la misma. Sin embargo, guardaos muy bien de que jamas vuelva á repetirse semejante suceso.

—Perdonadme, príncipe mio, dijo Leonardo; mandadme hacer otra obra, y por muchas y grandes que sean las dificultades que ofrezca, yo os prometo que quedareis contento de mí. Yo me afanaré noche y dia para hacerme digno de vuestros beneficios y merecer vuestra confianza.

—Accedo á vuestros deseos, repuso el duque; y puesto que ningun trabajo profano lograis acabar bien, consagrareis en adelante vuestro talento á objetos divinos y sagrados.

—El refectorio del convento de Santa Maria de la Gracia necesita algun adorno, el cual queda pues encomendado á vuestro pincel. Allí pintareis en la pared la *Cena del señor*, para cuya obra os fijo el preciso término de un año. Y por última vez os advierto que olvidéis en esta ocasion vuestra locura.

Con una mirada maliciosa clavada en Leonardo celebró el prior la clemencia de su señor y el honor que le dispensaba á él y á su convento, en tanto que la satisfaccion asomó al rostro de todos los circunstantes que en secreta admiracion vieron disiparse la tormenta que amenazaba estallar sobre sus cabezas. No se hacian cargo de que Leonardo, el libre florentino, ornato y gloria de aquellos tiempos merecia consideraciones que ellos no tenian derecho á reclamar, y que estas fueron precisamente las que le valieron en esta ocasion. Mas claramente que nunca se penetró Leonardo, luego que se hubo retirado, de la bondad con que le trataba el duque, y así exclamó conmovido. Si así paga Satan la ingratitud. ¿qué mas podrá hacer el señor para bendecir á los que le maldicen? ¿Sin embargo no soy un insensato creyéndome salvado? He escapado de Escila para caer en Caribdis, esto es seguro. Empezó á conocer que en todos aquellos sucesos andaba la mano del insidioso dominico y que nada bueno podia resultar de ellos. Ignoraba sin embargo que nueva desgracia podria amenazarle, y esta duda aumentaba sus recelos, siendo así que la incertidumbre es siempre peor que el mal descubierto. Desde luego se le resistió la idea de consagrar su arte al objeto mas sagrado, precisamente en el lugar donde moraba aquel odioso monge. Pero esto era justamente lo que deseaba el prior: ocupar en servicio suyo y de su convento al arrogante y altivo maestro que apenas se dignaba dirigirle una mirada ó tener de lo contrario ocasion de privarle de la gloriosa reputacion que disfrutaba. Pues en caso de concluir el maestro satisfactoriamente la obra difícil y de un nuevo género para él, que se le habia encomendado, quedaba servido segun lo deseaba. Y si por el contrario la malograba, lo que le parecia mas probable, y mas conveniente á sus miras, se estaba en el caso de llamar á su rival al joven Buonazotti para que lo hiciera mejor, á cuya determinacion no seria difícil inclinar el ánimo del indignado duque.

Esta perversa combinacion era un misterio á los ojos de Leonardo; sin embargo, existia un presentimiento de ella en su angustiado pecho;

aumentándose sus recelos al considerar cual podía ser la razón por qué el duque no había exigido que volviese á empezar su retrato. Sin embargo, se decía asimismo, puede ser que mas adelante vuelva á insistir en esta pretension. Ignorará si efectivamente sucedió así, pues en la coleccion de cabezas de Leonardo de Vinci que ha publicado el conde de Caylus no se encuentra semejante retrato ni el cuadro existente en la galeria de Dresde, que representa á un viejo con una pelliza y un sombrero adornado de una medalla, con un guante en una mano y la espada en la otra, nadie creará que sea el retrato de Ludovico el Moro, sino en todo caso el de cualquiera otro de los miembros de su familia.

Luego que salió Leonardo de los salones del príncipe, y respiró el aire libre rodeado de una rica y espléndida naturaleza, se animó en su propósito, decidiéndose á emprender con ardor su trabajo y reparar de esta manera la falta que había cometido.—¡Sí, exclamó entusiasmado, pintaré á los doce apóstoles y al señor como se hallaba sentado á la mesa con ellos la noche en que fué rendido! ¡cielos! precisamente en tal noche como esta.

En efecto era aquel día Jueves Santo, y Leonardo recorría en aquellos momentos los magníficos vergeles que rodean á la ciudad de Milan.

El aliento fecundo de la primavera había hecho brotar ya el verdor de los árboles, y en la rica y fresca alfombra de césped que cubria los prados; las violetas exhalaban su delicado aroma, embalsamando el suave ambiente que columpiaba las flexibles y florecientes ramas de los árboles.

—¡La fiesta de tu conmemoracion he de pintar yo, señor! exclamó abstraído en sus pensamientos! ¡tu divina y última cena! ¿Cómo se atreverá á tanto mi pobre pincel? ¿serán bastantes mis fuerzas para tan árdua empresa?

Cuanto mas meditaba sobre la ejecucion de la obra, tanto mas se desanimaba, encontrando por todas partes dificultades invencibles.

Empezaron á confundirse sus pensamientos, en términos que cuando de vuelta de su paseo entró por las puertas de la ciudad á la caída del sol, ya no llevaba ninguna idea fija en su imaginacion, que se había convertido en un tenebroso caos. Casualmente vino á pasar por delante del convento de los dominicos, hiriendo sus oídos los ecos del órgano que resonaban en el elevado y magestuoso templo acompañando el canto de los mon-

ges. La música solemne que semejante á las melodías de otro mundo mejor, convidaban al reposo eterno, calmaron la tempestad de su alma, inspirándole una humilde y tranquila resignacion.

—Ahora estás en el coro, dijo para sí; nadie te interrumpirá, y podrás ver al menos el lugar donde has de trabajar.

Penetró pues en el claustro, y atravesando largas y embovedadas galerías, llegó en fin al refectorio.

Acercábase la hora del crepúsculo; todavía los últimos resplandores del sol iluminaban el horizonte vespertino. Suavemente resonaba á lo lejos la armonía del órgano y el canto que posteriormente arregló Palestrino, dándole eterna fama.

Fratres ego enim accepi.

—Esas son las palabras de la consagracion, dijo Leonardo, abstraído en piadosas contemplaciones que hacian palpar su corazón. ¡Oh! tú, que expiaste los pecados del mundo, ¿cómo te ha de pintar mi débil mano en el momento de tu mayor gloria sobre la tierra en aquella pesada y última noche, en que te veías rodeado de tus discípulos. Ah! me es imposible, mi mente es un estéril yermo, por mas que en mi pecho arda el fuego de un sagrado entusiasmo. ¡Oh! yo desmayaré si tu poder divino no me asiste y me socorre.

Trémulo y vacilante abrió la puerta del refectorio; pero al juto retrocedió como aterrorizado, volviéndole á impeler hácia dentro el júbilo de su alma estasiada que veía el cielo abierto en toda su gloria y magnificencia: en medio del salón y al rededor de una larga mesa mostrábase el Señor en el círculo de los doce Apóstoles. Los últimos reflejos de la espirante luz del día que penetraban por una de las ventanas de la estancia á la cual el divino Maestro tenia vueltas las espaldas, coronaban su cabeza de una luciente aureola. Sus ojos se hallaban fijos con decorosa expresion sobre la mesa, pues era el momento en que acababa de pronunciar aquellas palabras:

“En verdad os digo que ha de venderme de vosotros uno.”

Ninguna señal de resentimiento ó queja se manifestaba en su divino semblante, al rededor del cual caían sus cabellos en largos y dorados rizos sobre sus hombros, pareciendo indicar la actitud de su mano izquierda estas palabras: *Sí, queridos míos, ésta es la voluntad de mi padre, y yo no murmuro.*

Juan Evangelista, el bello jóven á quien el Se-

hor amaba, mostrábase sumergido en dolorosas contemplaciones sobre la triste revelación que acababa de escuchar de los labios del maestro; y como si exclamara anonadado de dolor: ¡No, esto es imposible! Sin embargo, sus manos humildemente cruzadas revelaban la fe que tenía en las divinas palabras y su tranquila resignación. A su lado estaba Pedro, el cual inclinándose hacia él con aspecto confiado y sereno, parecía decirle: No temas, hombre débil; ¿qué pueden contra él traidores y enemigos cuantos quiera que sean?

A la izquierda del Señor veíase á Simón Cananeo, el inocente pastor que abandonara sus ovejas para seguirle, y que estendiendo los brazos manifestaba su asombro y su dolor. El noble y fogoso Jacobo se había levantado y acercádose al bondadoso Andrés y al anciano Bartolomé, el cual señalando al otro extremo de la mesa parecía decir: Hermanos, ¿no oís las duras é incomprensibles palabras del Maestro? Al frente de este y vuelta de espaldas hacia el triste Evangelista, estaba Judas Iscariote. Aun no había asomado á los labios de ninguno de los discípulos la pregunta: ¿Señor, soy yo? pues todos se hallaban profundamente afectados por la sorpresa que les causara la terrible revelación, excepto Judas en cuyas ficciones se leía el fatal secreto que ocultaba su corazón, y á quien la turbación causada por el temor de ser descubierto le había hecho volar el vaso. Tomás estendía su brazo por detrás de Simón como preguntando, si era posible semejante maldad, en tanto que el infantil Lázaro, el hermano de Jacobo, con las manos cruzadas sobre el pecho, parecía decir: Señor, en mí no hay fe alguna. El sensible Felipe estaba de pie al lado derecho de la mesa con las manos apoyadas en ella, contemplaba tristemente conmovido á los demás por cima del hombro de Marcos.

Así vió Leonardo de Vinci á los doce apóstoles y al Señor. Sus sentidos se ofuscaron; cayó desmayado al suelo, y cuando los monjes llegaron poco después le hallaron tendido en el umbral de la puerta del refectorio.

¡Ojalá no me hubiesen despertado con sus escencias, exclamaba al día siguiente paralizado en inquietud por su aposento! Me sentía tan feliz; Ah! yo he visto la magnificencia de Dios y de sus apóstoles. ¿Qué colores bastarían para pintarla! ¡ah! ¡ningunos! es imposible!

Por mucho que le atormentaba todavía la desconfianza de sus propias fuerzas, ya sin embargo

tenía tomado su plan de ejecución; y conservando un vivo recuerdo de lo que había visto la víspera en medio de un éxtasis divino, se proponía representarlo exactamente; y así como hubo pasado la Semana Santa, empezó á trabajar en su obra.

El refectorio se cerró y á nadie le era concedida la entrada mientras pintaba Leonardo. Sin embargo, cuando salía ó entraba fijaba el prior sus miradas penetrantes en él, á fin de leer en su rostro los resentimientos que le animaban y deducir de ellos el estado en que se hallaba la obra. En un principio Leonardo no hizo aprecio de esta circunstancia, pasando junto al monje abstraído en su entusiasmo de artista sin dignarse dirigir la vista hacia él. Pero como no cesaban las idas y venidas del prior encontrádole siempre en acecho, con aquel semblante malicioso y aquella sonrisa sátrica é insultante, ya le rebosaba el maestro la ira en el corazón. Espera, Iscariote, dijo un día, al perderle de vista, después que salió del refectorio: ¡yo te jugaré una que te acuerdes de mí para toda tu vida! Con el epíteto que involuntariamente diera al monje en un acceso de cólera, se le representó claramente el género de venganza que había de tomar de él. Primero se proponía pintar los once apóstoles y luego á Judas, para el cual no tenía un modelo fantástico sino real y verda lero, y después de haber satisfecho así su secreta ira, pensaba pintar al Señor, cuya figura había de coronar la obra.

¿Pero cómo podrá un mortal enlazar extremos tan opuestos sin valerse de recursos medios y conciliatorios? ¿Cómo lograrian las fuerzas humanas representar á Satanás, el ídolo de la perversidad, y luego en seguida la imágen del ser mas sublime y benéfico del mismo Dios? Así proporcionó Leonardo un obstáculo grato á la conclusión de su obra por satisfacer la venganza y la ira de un corazón con la representación de Judas. Luego que hubo pasado el otoño, y cuando toda la naturaleza estaba envuelta en la silenciosa tristeza del invierno, se ostentaban ya concluidos en el muro los once apóstoles llenos de expresión y de vida, tal cual los había visto en la noche del Jueves Santo. Ya había llegado el momento de pintar á Jesús. Pero aquí disminuyeron sus fuerzas. El óvalo del rostro y la vestidura con sus pliegues fue todo lo que acertó á bosquejar, pues de la amargura con que había trazado la imágen de Judas no era posible que nacieran ahora los sentimientos de fe, amor y santidad que

debía expresar el semblante y el continente del Salvador. Leonardo sentía la imposibilidad de continuar su trabajo, porque enteramente le faltaba la inspiración.

Su alucinado espíritu no le dejaba conocer la causa de la repentina mudanza que se había obrado en él, desapareciendo completamente de su imaginación las divinas facciones del Redentor, según las viera en aquella memorable noche. Sin embargo, animábale la esperanza de que volverían á despertar en su memoria, donde se hallaban adormidas, y así se pasaba los días sobre el tablado contemplando ocioso su obra incompleta. Transcurrieron días y semanas, y la inspiración que con tanto anhelo esperaba no renacía en su mente, y entretanto se acercaba mas y mas el fin del plazo señalado. Ya soplaban un manso y templado ambiente en los pensiles de la Italia; ya empezaban á florecer las márgenes de las fuentes y de los arroyos, y Leonardo continuaba todavía ocioso y contemplativo delante de su obra.

Cada día que pasaba aumentaba su zozobra haciendo mas inminente el peligro. A medida que iba convenciéndose mas y mas de la imposibilidad de concluir su trabajo en la disposición de ánimo en que se hallaba, iba tambien disminuyéndose por grados su energía física y moral, revelando sus pálidas mejillas y nublados ojos el abatimiento en que se encontraba y el pesar que le afligía, por cuyas señales infería con secreta satisfacción el prior que alguna nueva catástrofe habría sucedido al maestro.

Ya estaban los árboles cubiertos de verdura, y el duque procuraba informarse mas frecuentemente y con mayor interés acerca del estado de la obra, mientras que Leonardo pasaba los días implorando la protección del cielo y el auxilio de su bienaventurado maestro. Pero en vano, ambas permanecían sordos á sus quejas, no pudiendo contestar otra cosa á las repetidas preguntas que le hacía el duque, sino que la pintura estaría concluida para el día señalado.

(Se continuará.)

VARIETADES. (I)

ESTADO Y COSTUMBRES DE LOS MODERNOS EGIPCIOS

(De nuestro correspondiente de Alejandría.)

Nuestro correspondiente de Alejandría ha remitido la siguiente curiosa relación de la vida y costumbres de los habitantes de aquel país; nuestros lectores no podrán menos de leerla con interés.

Correspondiendo á las preguntas que me ha dirigido:

(I) Por un abuso de confianza, parte del contenido del presente artículo, redactado para nosotros por nuestro correspondiente de Alejandría, ha visto la luz pública en un periódico francés, de cuyas columnas ha sido trasladado no hace mucho á la de los periódicos de Madrid. A pesar de este fraude los autores de él no han publicado el artículo sin mutilarlo. Por cuya razón, y en uso de nuestra derecho, lo insertamos íntegro en nuestra Revista.

Do V. acerca del presente estado y condición de este país, voy á dar á los lectores de *El Español* la idea que V. apetece relativamente á la situación en que se encuentra el Egipto, y si bien repetiré cosas que han sido ya dichas por nuestros historiadores y viajeros, creo que no será inútil lo que añada, en razón al dilatado estío que he tenido ocasión de hacer por espacio de largos años, y que me ponen en estado de presentar á los actuales egipcios tales como son, estos es, llenos de preocupaciones, entregados á prácticas ridículas y supersticiosas, y sujetos á las imperiosas leyes de hábitos seculares.

El Egipto se halla situado, como todos saben, en la parte setentrional del Africa en las costas del Mediterráneo entre el golfo arábigo, la Nubia y el desierto de la Libia; y debe su decantada fertilidad á las inundaciones naturales de las aguas del Nilo, que se verifican desde mediados de agosto á mediados de setiembre, depositando el limo fecundante en todos los terrenos á que se estiende. El clima es sumamente cálido, en lo cual influye poderosamente la proximidad de los desiertos, de los cuales soplan durante el verano vientos sofocantes, que llegan á cambiar el aspecto del sol y á cubrir de obscuridad el horizonte.

Las producciones son abundantes y variadas, segun podrá V. inferir del estado aproximativo que incluyo de los principales artículos exportados el año anterior por el puerto de Alejandría, que es el único habilitado, así para la exportación como para la importación.

Esta última consiste principalmente en manufacturas de todas las clases de fabricación europea, y de ellas tambien incluyo otro estado que abraza á la misma época.

En el alto Egipto existen grandes canteras de granito pórfiro &c., y el gobierno se ha dedicado recientemente á descubrir minas de carbon; pero el éxito no ha correspondido hasta ahora á sus esperanzas.

La industria se halla reducida á algunas fábricas de algodón, lana, seda y lino, todas las cuales pertenecen al vírey; habiéndose tambien introducido el cultivo de los gusanos de seda que no ha llegado á producir aun resultados satisfactorios.

Alejandría es el puerto principal del Egipto en el Mediterráneo, y está en comunicación con el Nilo por medio de un canal abierto en 1820 por el actual vírey Mohamed-Alí. Su población es de 100 á 110,000 habitantes, comprendidos los arrabales, y de 8,000 á 11,000 europeos. Tiene el punto dos fortalezas: á saber, el situado al occidente que llaman el puerto Viejo, y es mas estenso y seguro, y otro á la parte del oriente llamado el puerto nuevo. En este último al principio de la conquista del país por su poseedor actual iban á anclar todos los buques extranjeros, no permitiéndose la entrada en el puerto Viejo mas que á los nacionales otomanos; pero de algunos años acá entran los buques de todas las naciones por su mayor seguridad y capacidad.

El bajá tenía antes el monopolio del comercio egipcio y fijaba el precio de los productos que pagaba al agricultor, poniéndolos luego en venta con gran beneficio y siempre con daño positivo de los productores; en una palabra, él era el único propietario, agricultor y comerciante de todo el reino. Pero desde 1840, época de la última guerra de Oriente, se estableció que el bajá debía renunciar el monopolio y dejar al comercio en libertad, de suerte que en el día todos los grandes propietarios, que al cabo en su mayor número son hijos ó parientes del vírey, pueden ajustar sus negocios con los comerciantes y con los colonos, quienes pueden así mismo disponer de la porción que les toca segun mejor les conviene. El gobierno posee tam-

bien una mitad larga de los terrenos del Egipto, cuyos productos se venden en pública subasta, tanto en Alejandría como en el Cairo. No está exento de abusos y supercherías este sistema; porque antes de la subasta se hacen ventas privadas y expediciones al extranjero de los mismos artículos que se sacan después á público mercado; y cuando llega este caso se tasán á precios tan disparatados, que los compradores no pueden competir con los casos que han tratado anteriormente con el gobierno.

El solo artículo cuyo monopolio se ha reservado el bajá es el lino. En general el comercio de Alejandría que es el único que existe en el país, carece de compradores á consecuencia del sistema del oculto monopolio que acabo de esponer, y que redunda únicamente á favor de tres ó cuatro casas especuladoras; y una de las principales causas de la poca prosperidad de Egipto, es que hallándose el gobierno siempre escaso y apurado, así el ejército como los empleados se hallan continuamente con grandes atrasos en sus pagas, de suerte que ahora se están debiendo casi dos anualidades; de aquí se sigue, que el comercio de importación se reviente de la miseria que aqueja á todas las clases.

La población egipcia se compone de dos principales razas: la de los árabes y la de los coptos. Estos son los descendientes de los primeros pobladores del país, y su nombre deriva al parecer *coptos* ó *gypt*, ciudad famosa en otros tiempos, aunque varios refieren esta palabra á *cobus*, que significa cortado, y alude á la práctica de la circuncisión que estaba extendida entre ellos desde la época mas remota. Sin embargo de esta diversidad de opiniones, todos los autores convienen en considerarlos como los verdaderos indigenas del país. Sujetos hace mas de 20 siglos al despotismo extranjero han olvidado el ingenio, las artes y conocimientos de sus costumbres, y principalmente las nociones agrícolas que se han transmitido de padres á hijos. Por esto son buscados y preferidos para empleados del rey y de los gobernadores de distrito. No desmienten su origen; antes bien, así como sus abuelos escribían en jeroglíficos para ocultar al pueblo sus conocimientos en las ciencias, así ahora escriben en copto para mejor disimular sus cálculos; y á esto debe atribuirse para no acudir á otras causas, el que no se haya perdido enteramente la lengua de los antiguos egipcios, á cuyos conocimientos han debido sin duda su gran reputación los Champoillon, los Rosellini y otros que han seguido sus huellas y rasgado el denso velo que por tantos siglos ocultaba los misterios de la Escritura Sagrada de los antiguos egipcios.

Los coptos abrazaron la fe cristiana poco tiempo después de anunciarse por el evangelista S. Marcos, y la guardaron en toda su pureza hasta la introducción del *monotelismo*, á cuya secta se entregaron en cuerpo y en alma. Su obstinación y el espíritu de partido los han tenido desde entonces sumergidos en el fondo de aquel absurdo, y su ignorancia unida al hábito los mantiene tenaces en sus prácticas religiosas, causa principal de las dificultades que presenta su conversacion. Por otra parte las supersticiones que han heredado son en gran número y sin ellas no celebran culto alguno, siendo, entre ellas muy notable la de bañarse en el agua de la fuente llamada *Matarée*, del nombre de un pueblo situado entre el bajo y el alto Egipto, por creer que Maria Santísima se refugió en aquel sitio al huir de la persecucion de Herodes, habiendo bañado muchas veces en aquellas aguas al Niño Jesús. Por efecto de esta creencia acuden allí en gran número á beber con suma devoción para conseguir el alivio en todas sus enfermedades. La veneracion en que tienen los

musulmanes á este lugar en nada cede á la de los coptos; y unos y otros cuentan maravillas del buen efecto de aquellas aguas sobre toda clase de dolencias. Por lo demas los coptos son de carácter sociable, humanos, hospitalarios, tan sensibles á la ternura paternal como dóciles al amor filial, distinguiéndose de un modo particular en honrar á sus padres y en respetar los vínculos de la sangre. El comercio que ejercen en el interior, es la administracion de los negocios que se les confian y son la base de su fortuna; pero sus mismas riquezas son con frecuencia el origen de su desgracia; pues si con poca cautela hacen alarde de su opulencia, encuentran muy pronto malévolos y envidiosos que los acusan de engaño ó infidelidad, y el gobierno los despoja de todos los bienes que han acumulado. Y se darían por bien librados con la pérdida de su caudal; pues á pesar de estas vejaciones continuas no intentan jamás sacudir el yugo de la tiranía que los oprime, y por el contrario se allanan á sufrirlo con paciencia, á lo menos en lo exterior, tan cierto es que una larga costumbre logra familiarizarlos con los hierros con que entre nosotros se cargan los malhechores; condicion á que se hallan tambien sujetos los árabes como dependientes de una misma legislación, si tal puede llamarse semejante sistema de gobierno.

Los árabes después de los coptos son el pueblo mas antiguo del Egipto y forman los dos tercios de la población. Sus costumbres son diversas segun el género debido á que se aplican. Los conocidos bajo el nombre de *felláhs* (labradores), han perdido su antigua buena fe que parecia les era característica, habiéndose borrado de su ánimo la humanidad y la compasion. Existen desde siglos odios implacables entre tribu y tribu y entre familia y familia, de manera que maman con la leche el veneno de la venganza. Si el rigor del bajá alojaase un poco la rienda que los contiene, volverían á ser lo que fueron bajo el dominio de los heyes, á saber, espuestos á ver incendiadas sus mieses, saqueadas sus poblaciones, vertida su sangre, empalados sus cuerpos ó ahogados en el Nilo. Estos *felláhs* que podrían llamarse árabes degenerados, de todo son capaces menos de acciones virtuosas.

Los que se conocen bajo el nombre de *beduinos* ocupan las agrestes soledades situas al E. y al O. del país y ofrecen menos odiosos caracteres. Divididos en hordas no cultivan ni siembran, y por consiguiente tampoco recogen, viviendo del producto de los ganados y de los frutos naturales. Cuando faltan los pastos cargan sus tiendas y su familia en camellos, y se trasladan á otro sitio. Huéspedes del desierto son enemigos mortales de toda caravana, y si alguna encuentran la asaltan vigorosamente y la obligan á pagar un tributo ó á combatir con ellos. Si la caravana es mas fuerte, se retiran á sus tiendas impunemente; pero si es mas débil la despojan y reparten el botin. Sin embargo, se abstienen de derramar sangre humana, como no sea para vengar la muerte ó las heridas de algun compañero, hallándose en vigor entre ellos la pena del talion. Sin embargo de su propension al saqueo, estos nómadas respetan siempre los derechos de la hospitalidad, y el viajero á quien bajo su tienda reciben, nada tiene que temer por su persona ni por su equipage, no habiendo todavia ejemplo de que un *beduino* haya violado su palabra, que en este caso es sagrada. Entre tanto la mayor parte de los árabes establecidos en Egipto no conocen ni la crueldad del *felláh*, ni la indomable fiera del *beduino*.

Restan ademas los *árabes cultivadores*, raza distinta que vive bajo la autoridad de gefes locales y que ve

dedica al ejercicio de la labranza ó de alguna de las pocas artes conocidas en Egipto. Esta tercera clase de árabes son mas sociables, humanos y de blanda condicion entre todos los orientales; graves sin ostentacion, comedidos sin severidad, accesibles sin doblez, pero frios y reservados, y sobre todo incapaces de mentir y de engañar. Hacen gran caso de las relaciones de amistad y parentesco, de modo que todo amigo es para ellos un deudo y cada deudo un hermano. El espíritu de venganza tan natural en los pueblos todavía bárbaros, no se halla estinguido á la verdad; pero si la víctima que tienen señalada acierta á encontrarse bebiendo café en su compañía, ya puede estar seguro y descansado de cualquier traicion.

En tales circunstancias olvidan sus odios y desisten de sus proyectos sanguinarios. Es el pueblo que entre todos practica con mayor esmero la hospitalidad. Comienzan por lo general á la puerta de su morada, y no empiezan sin clamar en alta voz: "¿Quién tenga hambre, acérquese á comer;" convite no estéril y de mero cumplimiento; pues cualquiera, sin distincion de casta ni de creencia tiene derecho á sentarse y tomar de lo que Dios da. Con cualidades tan excelentes, dedicados á una vida activa labrando una tierra fertilísima rodeada por todas partes de inexhausta abundancia, estos árabes industriosos deberian gozar de todas las comodidades; y sin embargo, en la gente menos feliz y holgada. Sujetos continuamente al rigor de la férula, trabajan de la mañana hasta la noche, desde que nacen hasta que mueren, y su labor produce ricas y abundantes cosechas; pero cómo el Egipto no da frutos mas que para los despotas que lo han oprímido á porfía, el gobierno todo lo arrambla y devora, y estos desgraciados se consumen en la pobreza en medio de la abundancia. Ateizados, flacos, casi desnudos y cubiertos únicamente de millares de insectos que pacen en su piel, ofrecen á la vista del viajero la imagen mas asquerosa de la miseria.

Cuanto mas activa y lastimosa es la vida de estos desaventurados, otro tanto es perezosa y monótona la de los *grandes*. Preocupados de las absurdas ideas del fatalismo, no conciben pensamiento alguno provechoso, ni se curan de la otra vida, limitándose á los gozes de la presente: frios, tranquilos, disfrutados, exentos de toda ambicion y amor á la gloria, pasan los dias enteros en fumar sin fastidiarse. Todos los señores mahometanos de Egipto se levantan con el sol para respirar el fresco de la mañana, se purifican lavándose cara y manos hasta el codo, volviéndose hácia el oriente empiezan sus gumnflexiones, y segun dice el Dante

Et cade come corpo morto cade.

Luego á poco los esclavos les presentan sus pipas, y durante el almuerzo se mantienen á respetuosa distancia con los brazos cruzados sobre el pecho, procurando prevenir el menor descao de su amo. Este manda traer á sus hijos, á quienes pregunta y acaricia con gravedad, les da á besar la mano y los vuelve á enviar al serrallo. Despues se ocupa brevemente de sus escasos negocios, y cuando vienen visitas las recibe con la urbanidad posible; pero sin grandes cumplimientos. Si el forastero es un inferior se mantiene en cuclillas con las nalgas apoyadas sobre los talones: si es igual, tiene el derecho de sentarse al lado del dueño, y si es superior en rango se sienta en un sofá mas elevado que domina toda la reunion. Cuando cada uno se ha colocado en su lugar el dueño da una palmada y entra al momento un esclavo, quien coloca en medio de la sala una especie de pebetero en que arden los mas exquisitos perfumes,

cuyo olor se esparea por todos los aposentos inmediatos.

Tráense en seguida larguísima pipas con boquillas de ambar, tazas de café, sorbetes y dulces. Asi que el forastero manifiesta intencion de salir, se presenta un esclavo con un grande azáfate de plata, en que se queanan suaves aromas, y lo aproxima al rostro de todos los circunstantes, quienes se perfuman la barba y rocián su cabeza con agua de rosa. Despues de esta ceremonia cada cual puede tomar sus babuchas, que siempre se dejan fuera de la sala, del mismo modo que antes de entrar en la mezquita. Comen ordinariamente á medio dia; un esclavo les sirve agua y jabon para lavarse las manos, y despues de esta ablucion indispensable, se tienden sobre tapetes al rededor de un gran plato de estaño que sirve de mesa, en medio de la cual se amontona una gran cantidad de arroz cocido y condimentado con muchas especias: los otros comestibles, como la carne cortada á lonjas muy delgadas, los pollos, los pichones, el asado, el pescado frito y varias especies de frutas, se hallan colocadas en platos pequeños dentro del grande. Cada cual echa mano de lo que le acomoda, hartándose á su sabor. Reina en la comida la mayor gravedad, siendo enteramente desconocido el uso de la cuchara y el tenedor, lo mismo que el vino y la carne de cerdo. Concluido el banquete retiranse al serrallo, empieando el resto del dia en la amenidad de aquel sitio. Por la tarde salen á paseo montados en asnos ó en caballos, para respirar el fresco del crepúsculo. Una hora despues de puesto el sol se retiran á casa, cenán los mismos manjares con iguales ceremonias, y se acuestan sin quitarse los vestidos del dia, y asi descansan del ocio de su vijilia, y no se levantan mas que para volver á la misma monotonía.

En Egipto, como en todo el Oriente, las mujeres de alto rango no viven en comunidad con los hombres: nacen, viven y mueren en el serrallo. Estos serrallos son de grande extension, con aposentos que ordinariamente dan á lo interior de las casas, y están custodiados de dia y de noche por los eunuocos con su daga en la mano. Encerradas en esta especie de cárcel, inaccesible á los hombres que no gozan la mas completa confianza del marido, ninguna influencia ejercen en los negocios exteriores, y el cuidado del arreglo doméstico forma el único objeto de su ocupacion.

El primer deber de estas mujeres consiste en criar á los hijos, y desean tener muchos, porque cuanto mas fecundas mas queridas son de sus maridos y de sus parientes. Una mujer estéril es mirada con aversion y desprecio, pasando hasta por ridicula. Por lo mismo la madre encuentra en los mismos dolores del parto un motivo de consuelo que dulcifica sus penas. No envuelven al recién nacido, sino que lo dejan al raso sobre una estera. De este modo respira libremente, sus miembros adquieren soltura y vigor. Bañado diariamente crece á la vista de la madre que nunca se retrae de criarlo á sus pechos dos años largos. Hallándose enteramente libre en todos sus movimientos ensaya sus fuerzas naciéntes, se agita, se levanta, cae alguna vez sobre la estera ó tapete que cubre el pavimento, y asi se cria sano y robusto, siendo aqui muy raro que alguno salga entropado. Los varones permanecen en el aposento de las mujeres hasta los siete ó ocho años, desde cuya edad pasan al aposento de los hombres cuando se han gravado ya en su corazon la veneracion al profeta, el respeto á la vejez, la ternura filial y el amor á la hospitalidad.

Sin embargo, el cuidado de los negocios domésticos y

la educación de los hijos no ocupan todo el tiempo de las mujeres egipcias; pues en medio de estos quehaceres tienen siempre algún momento de recreo. Las viejas cuentan historias llenas de interés, y algunas veces para amenizar la conversación llaman á las *almés* que son una especie de cantarinas en cuyas coplas se comprendían las costumbres y los vicios del país. Cantan en estilo tierno y en cada pausa ejecutan algunos pasos de baile. El ruido que arman con una especie de tambor de tierra cocida y el agudo sonido de las castañuelas, son compañeros inseparables del canto y de la danza, en todo lo cual hay gran libertad que raya en licencia. Las musulmanas, en quienes el estado de esclavitud ha borrado los delicados sentimientos de virtud y de decencia, oyen con el mayor gusto á las *almés*, y cuando estas hacen ciertos gestos y movimientos de fácil inteligencia, sueltan la carejada y hacen resonar la casa con sus estrepitosos aplausos. Por lo demás no es cierto que estén continuamente encerradas, pues salen todos los jueves acompañadas de sus esclavas con los cestos de provision. Un piadoso deber las llama al cementerio, donde así que llegan hacen entonar al Sauton un canto fúnebre que acompañan ellas con sus lágrimas y lamentos sobre los sepulcros de sus mas allegados. Allí esparcen flores y cubren de ellas la tierra, concluyendo con una oración suplicando en la persuasión de que las almas de los difuntos están presentes á la fiesta y se alimentan con aquellos manjares.

También salen una que otra vez por semana para ir al baño ó para visitar á sus parientas y amigos. Nótese, empero, que fuera de casa van envueltas en un manto blanco de la cabeza hasta los pies, cubierto la cara con una pañoleta trasparente ó con cierto antifaz que les deja solamente los ojos libres para ver sin ser vistas.

Cuando una muger entra en el serrallo de otra, la señora de la casa se levanta y va á abrazarla en medio de la sala, tendiéndole la mano derecha que la otra aprieta varias veces, llevándola al corazón. — ¿Cómo es posible, le dice sentándola en el sofá, que hayas podido olvidarme por tanto tiempo? ¿Por qué no vienes á verme más á menudo? Gustamos de verte: tu presencia honra nuestra casa: oyes la felicidad de nuestra vida, la luz de nuestros ojos, etc., etc. — Tales son poco mas ó menos los cumplimientos que se usan en las visitas. Se sientan en el sofá y reciben lo mismo que los hombres las largas pipas, el café, los sorbetes, las frutas y los dulces. Las esclavas traen los perfumes y allí se come, se ríe, se bromea y se pasa el rato agradablemente. Concluida la visita, repiten muchas veces. — "Dóte el cielo numerosa descendencia, vive por largos años, sea inalterable tu salud," etc., etc. — Nunca se llaman con su propio nombre sino *madre mía, hermanita mía, hija de cura*: títulos que distinguen á la anciana de la joven casada y de la soltera. El marido tampoco pronuncia el nombre de sus mugeres, ni se atreve á entrar en el serrallo cuando hay gentes extrañas.

Las visitas y los baños, única distracción para los egipcios de la fastidiosa otiosidad del serrallo, son la ocasión de casi todos los matrimonios. La madre de un joven ha tenido oportunidad de ver y conocer á su hijo una descripción de cada uno, y cuando éste ha hecho su elección, se habla al padre de la futura esposa; si el trato le conviene, se habla de la dote y se hacen mutuamente regalos, proporcionados al rango de las familias, regalos que consisten comunmente en vestidos,

sortijas y otros afortunos de piedras preciosas para el tocado. Esto forma la mayor parte de la dote que mas bien se recibe del marido que del padre; pues siendo disoluble el matrimonio al arbitrio de entrambos, la muger debe restituir la mitad de lo que recibió del marido antes de verificarse la separación.

Al día siguiente del ajuste, las amigas y parientas de ambas familias conducen á la novia al baño, donde la lavan, la purifican y la perfuman solemnemente, restregando todos sus miembros con agua de rosa. Se le pintan de un color rojizo las uñas de las manos y de los pies, se le tienen de negro los párpados, y luego con unos alfileres se le pinchan los brazos y las megillas hasta que sale la sangre, dejando inmensas figuras caprichosas de diferentes colores. Se le trenza el pelo urgiéndolo con areñas preciosas, y las matronas conducen á la novia de un aposento á otro revelándole los deberes del matrimonio. De allí la vuelven al serrallo paterno, donde pasan la tarde en fiestas y bailes, y al anochecer la madre abraza llorando á la nueva esposa y la estrecha fuertemente: entonces acuden las matronas y la separan como por fuerza de los brazos maternos, conduciéndola en triunfo á la casa del novio. Allí los hombres se detienen en el cuarto bajo y las mugeres suben al superior, observando por entre las celosías lo que pasa en el patio. Empieza la función por un espléndido banquete, y el ruido del tambor y de las castañuelas atruena toda la casa: las *almés*, cubiertas de velos muy transparentes, bajan donde están los hombres y se mezclan con ellos, las unas cantando himnos capitalánicos y las otras armando graciosas danzas. El desorden llega á su colmo, y la indecencia musulmana reina en aquella licenciosa solemnidad. Luego que cesa la música y se retiran los convidados, el nuevo esposo entra en la cámara nupcial, y levantando el velo que cubre el rostro de su muger, contempla por primera vez sus facciones; costumbre que es general en todo el Levante, aun entre los cristianos. De aquí es, que generalmente se encuentran entre los esposos, gentes opuestos, y los musulmanes abandonan fácilmente la primera muger para unirse con la segunda, la tercera ó la cuarta. Por este tenor son entre los egipcios, y puede decirse que en todo el Oriente, las ceremonias nupciales; y si hay alguna diferencia depende de la riqueza ó pobreza de los contrayentes. Las hijas de los pobres son conducidas al talamo con pocos paños, y si siquiera viven en el serrallo: la necesidad las obliga á andar entre los hombres para ganarse la subsistencia, pero siempre, como las ricas, cubren con un velo su rostro pinturalesco. Cuando no pueden unirse el pelo con areñas preciosas, se dan con manteca y se enhebran de las narices grandes argollas de latón ó de hierro.

A mas de las fiestas nupciales los egipcios celebran otras no menos extravagantes. Terminaré describiendo una de ellas llamada de *Sidi Abraham*, (Sr. mio Abraham,) que me parece la mas horrorosa. Un peloton de hombres guiados por nueve á diez banderolas atraviesa las calles á son de tambor, y anuncia al pueblo que está á empezar la solemnidad. Entonces innumerables grupos de gente acuden de todas partes hácia la mezquita de reunión. Cada gremio con su respectiva bandera va desfilando precedido de instrumentos de música, y detras de esta muchedumbre siguen los *schich* (sacerdotes musulmanes) cubiertos de grandes turbantes, cantando los himnos del alcorán y llevando en triunfo el estandarte del profeta: ¡Feliz el que pueda tocarlo, y mas feliz aun el que pueda acarrearlo á sus labios!

A alguna distancia viene una turba de devotos.

das con los brazos desnudos y la vista feroz, enpujando enormes serpientes, que enroscándose horribilmente procuran escaparse; pero los que las sujetan, las estrechan tan fuertemente por el cuello para evitar la mordedura, que á pesar de sus silbidos y de los sacudimientos de la cola, los que las sujetan les hincan el diente y se las comen vivas. Espectáculo horrible, pues con la boca cubierta de sangre procuran arrebatarse mutuamente la presa y luchan á quién antes podrá devorarla. El populacho contempla con el mayor estupor aquellos scripseros que se consideran como inspirados y poseídos del demonio.

Tales son los actuales egipcios, y sin citar otras particularidades á mi parecer dignas de describirse, me reservo para mas adelante el dar mayores esplicaciones sobre sus costumbres.

POESIA.

AL ESCORIAL.

COMPOSICION POÉTICA

escrita en aquel Real Sitio y dedicada á S. A. R. el Sereno. Sr. Infante D. Francisco de Paula.

El sepulcro y el trono aqui se juntan
DUQUE DE FRIAS.

Absorta, muda ante tu aspecto adusto,
¡Monumento inmortal! en vano al alma,
A quien elevas y á la par asombras,

Pido un acento digno
De interrumpir de tu silencio angusto.

La magestuosa calma;
Digno de hendir las vacilantes sombras
De tus desiertos ámbitos, zumbando
En ecos de tus bóvedas eternas,

Y con ellos perdido
Por la region del viento,
Osado remontarse al firmamento,

Con el vuelo atrevido
De tus soberbias torres seculares;
Que dejando á sus pies fragosos montes
Y en contorno asperísimos pinares,
Se alzan buscando extraños horizontes.

Cuando veo la enorme pesadumbre
A la tierra oprimir de tu grandeza;

Que tu régia cabeza
Halaga el sol con fulgurante lumbré,
Y cual nobles laureles

Te coronan tus altos capiteles;
En tu vigor, belleza y opulencia
Mi pensamiento atónito medita:

Admiro en tí la herencia
De un reinado de gloria:

Leo en tus pétreas páginas escrita
De una era de poder grandiosa historia.

Mas si entonces se agita
Gozoso el corazon, de la memoria
Misterioso poder la lengua enfrena,
Y trémula imagino que resuena
Grave, apagando los acentos míos,

En largos y profundos
Ecos, que guardan las espaciosas frías,
Sin que el soplo del tiempo los disipe,
Aquella voz con que rigió dos mundos
La voluntad suprema de FELIPE.

Si emblema venerable te contemplo
De inmortal religion, en la desnuda
Polvorosa ladera,

Con sencillez severa
Alzarte al cielo, despreciar la ruda
Ira del viento, que incesante brama,
Y entre sus brumas levantar la frente
Que impasible, imponente,
Con muda voz tu eternidad proclama;
Siento trocarse en religioso pasmo,
Y en tímido silencio
La paz de tu reposo reverencio.

A pensamientos graves
Con que á la mente tu grandeza abruma,
Digno soluz ofrecen los prodigios
Que son nobles vestigios
Que testifican tu opulencia suma;
Cuando de ciencia y religion santuario,
De las artes sublimes

Fuiste á la vez asilo hospitalario,
Y aposentó magnífico en tu seno
El gran genio de Herrera,
Al de Murillo, Zurbaran, Rivera;
Rindiéndote tributo
Pinceles de Ticiano, Urbino y Reno;
Cinceles de Monegro y Benvenuto.

¡Recreo y maravilla
Del corazon y el pensamiento! ¡Grande

A la par que sencilla
Obra de la piedad e inteligencia!

¡No mas en tu presencia
Niegue su inspiracion al alma inerte

La acobardada musa,
Que trémula y confusa

Su pequeñez en tu grandeza advierte!
Sueña mi voz en tu recinto umbrío

¡Oh epopeya de piedra!
Y tu elocuencia muda, que le arredra,

Traduzca osado el pensamiento mío;
Que á eterna fama aspira

Al recordar ufano que la lira,
Por sus augustas minas laureada,

Hoy coloca en las infias vacilantes
El príncipe benigno

En quien encuentra apreciador tan digno
La lengua de Solís y de Cervantes.

Obediente á su voz la mia rompa
Las trabas del cobarde desaliento:

¡Sueña la épica trompa
Haciendo retumbar la áspera sierra,

Sus cumbres pase, y fatigando al viento
Lleve veloz á la asombrada tierra,

Por cuanto abarcan de la mar las olas,
Con tu nombre las glorias españolas!

Al eco fausto las marmóreas tumbas
Ya siento estremecidas! — Imagino
Ver que entre augustas sombras se levanta
La de tu excelsa fundador: tu mole,
Pedestal digno de su austera planta,
Huella, y se encumbra magestuosa y grave,
De nubes bajo esplendidos dobles;
Mientras tendiendo las inmensas alas,
Que sobrepasan tu tétrigo recinto,
De San Quintín protege los laureles
El águila imperial de Carlos quinto!

Rápido vuela en tanto,
Por atronantes ecos repetido,
De egregia gloria el comenzado canto,
Y al asilo penetra dó en olvido

El héroe yace que asombró á Lepanto;
 Cuando á lanzarse pronto,
 Cual águila real sobre su presa,
 Con tímida sorpresa
 Le vió Estambul mirar al Helesponto,
 Y cercado de miserables ruinas

De la soberbia flota,
 Del imperio Otomano

Estremecer la playa mas remota
 Al zedeman de su indignada mano.

¡Oh régio Capitan, de Iberia orgullo!
 Pueda mi acento á tu perpétuo sueño

Prestar plácido arrullo,
 En ese panteon que no reviste
 Indestructible mármol; mas dó miro
 Esplendor dando á su recinto triste
 De *Austria* y *Borbon* esclavizados nombres.
 Allí á tu lado yacen..... ¿mas qué amargas

Memorias ¡ay! al corazón recuerdas,
 Con que mi voz embargas
 Y en vano pulso las templadas cuerdas?.....

Por qué ¡Escorial! el entusiasmo santo,
 Por tu belleza mística encendido,
 Súbito espira y en copioso llanto
 I rorumpo á mi pesar?....—Ay! que mi pecho

Recuerda estremecido,
 Que *Aquel* que me ordenó tus maravillas

Cantar en arpa de oro,
 Aun siente deslizar por sus mejillas

De profundo dolor acerbo lloro,
 Que en ese opáco panteon reclama

Aun no cerrada tumba;
 Y el viento mugidor de Guadarrama,

Cuando en tus altas cúpulas retumba
 Y tu muralla secular azota,

Lanzar parece de su seno hueco

En largo y flébil eco,
 „*Aquí yace también Luisa Carlota!*“

Allí ¡oh dolor! en polvo convertido
 Aquel pecho será que osado y fuerte

Mil veces sin temblar se viera herido
 Por fieros golpes de la injusta suerte.

Allí en humilde tumba
 Las futuras edades

El nombre excelso encontrarán de aquella
 Que del confin de la risueña Gades,

Dejando apenas de su planta huella
 Y de Sirio el ardor menospreciando,

Voló á la quinta del Borbon primero,
 Dó el aliento postrero

Lanzaba un rey entre enemigo bando.
 Ella llega! su voz, cual si ejerciera

Del mismo cielo milagroso influjo,
 Suspende el golpe de la cruda parca:

Tocando el borde de la tumba fria
 Momentáneo vigor cobra el monarca:

¡A *Luisa* vé que heroica desafia
 De pérdida ambicion el negro encono,

Y al lecho regio por su mano guia
 A la princesa tierria

Ya condenada á misero abandono,
 Y allí le da la bendicion paterna!

¡Y allí la encumbra de la España al trono!

.....

 Del beneficio inmenso
 Guarde un pueblo leal grata memoria;
 Mas no el canto suspenso

Me es dado proseguir!....—Ecos de gloria
 No me ordenes alzar, cuando tu herido
 Corazon hoy en soledad suspira,
 ¡Tú, que me colmas de bondades tantas!

Acepta si la voz de mi gemido
 Y deja que la lira
 Rompa, Señor, á tus augustas plantas!

GERTRUDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA.

San Lorenzo del Escorial á 28 de junio de 1845.

A UNA PALMA.

Hermoso airon del desierto,
 Señora de Iberberia
 bordada de argenteria
 con remates de tisú,
 guárdete Dios en el llano
 para asombro de su cielo,
 que no hay planta sobre el suelo
 mas arrogante tú.

Bien haya tanta hermosura
 clavada en el horizonte
 cuando ostentas tu figura
 del crepúsculo al través:
 cuando el pabellon celeste
 tendido de ópalo y grana
 refleja una caravana
 tendida bajo tus pier.

Bravo mundo independiente
 que á ninguno dobla el cuello,
 cuyo trono es un camello
 y su alfombra un arenal.
 Pueblo que lleva sus leyes
 colgadas en una lanza,
 sin mas fe que la venganza,
 ni mas Dios que su puñal.

Que si dá su voz al viento,
 los ecos de sus canciones
 son ahullidos de leones
 que olfatean el botín:
 que al danzar en la llanura
 con aparato valiente,
 apura el cáliz hirviente
 del carnívoro festin.

Oh! cuando al pálido brillo
 de la Luna negatuzosa
 alzas tu frente pomposa
 hasta la bóveda azul,
 los penachos que se tienden
 por el espacio, brillantes,
 son los lazos ondulantes
 de una túnica de tul.

Rival del tiempo tú planta
 mas se afirma con las horas,
 mas tu copa se levanta
 con desdenoso ademan.
 Mas ¡ay! si el simoon quemante
 lanza su voz soberana,
 ¿dó te llevará mañana
 la mano del huracan?

En vano tanta altiveza
 sobre la cumbre radiando
 arrostrará con fiereza
 del torbellino el teson;
 que el chal de brillante arena
 que tanto, Reina, te encanta,

será para tu garganta
magnífico cinturón.

Guárdete Dios por hermosa
centinela de la noche
ancha tienda vaporosa
de campamento oriental:
así la brisa templada
que columpia tus pimpollos
refresque tu sien tostada
por el eterno fanal.

Que es grato en medio el misterio
de una noche sin ruido
verte velar un imperio
que duerme enfrente de tí.
Mientras el aura con exceso
dando música á tus hojas,
estampa en tu copa un beso
de africano frenesí.

Que es grato á la luz del día
verte con pompa y decoro
tender tus flecos de oro
sobre el tronco de coral:
bien como altiva sultana
de rubia y riza madeja,
que libre vagar la deja
sobre el hombro virginal.

Cuando el aquilon violento
con aterrador empuje
remueva tu hondo cimiento
matando tu brillantez,
¿A quién contarás la historia
de esos siglos que pasaron,
hoy trocados en escoria,
en miseria y fetidez?

¿A quién dirás esos cuentos
que estampó sobre tu copa
la errante y bárbara tropa
que camina en peloton?
¿Esas fábulas mentidas
de amores y encantamientos,
hoy fantasmas carcomidas,
gusanos de tradición?

Oh! si es solo tu destino
presentar en lontananza
al cansado peregrino
tu anchuroso quitasol,
desplega al aire tus flecos,
bella criolla de Oriente,
antes que abraze tu frente
la roja llama del sol.

A. HURTADO.

RECUERDOS DE MI INFANCIA A JULIA.

Hora al recuerdo de memorias bellas
que rápidas volaron

vuelvo, Julia, á la luz de las estrellas
mis glorias á cantar que ya pasaron.

Si fuera el trovador de los amores,
taliera alborozado,
la sien ceñida de fragantes flores,
la blanda lira para el tierno amado.

Mas no, que tu amistad pura y divina,
y mi niñez que adoro,
yo cantaré, y la plácida colina
repetirá mi cántico sonoro.

¡Cuán rica se presenta á la memoria
mi infancia afortunada
teatro hermoso de mi dulce gloria
con las esencias del placer colmada!

Gozábamos entonces la ventura
de placeres suaves,
y oíamos cantar por la capesura
en dulce son las trínadoras aves.

Reclinados los dos alegremente
sobre la verde alfombra
nos ofrecía contra el sol ardiente
el fresco mirto tapizada sombra.

Y la márgen de arroyo murmurante
con su corriente amena
prestaba encanto al corazón anante
bullendo alegre entre menuda arena.

Las auras de los montes descendían
á los amenos valles,
y al jardín sus aromas nos traían
lentas viniendo por torcidas calles.

Flores, y fuentes, y auras vagarosas
y cantos de armonía
huyeron con las horas mas hermosas
dejando al corazón melancolía.

Y hora infeliz en el desierto mundo
no encuentra mas que abrojos
quien contempló con un amor profundo
la lumbré pura de tus dulces ojos.

Quien vió flotar tu blonda cabellera
en hebras mil distintas,
qué cual oro bruido reverbera
sobre ese cuello de rosadas tintas.

Dichosa tú que en juventud lozana
cánticos mil de amores
al albor de la luz de la mañana
puedes oír de amantes trovadores.

Gozas sola ese bien, y tu alegría
reine en el pecho eterna,
nunca pasando un venturoso día
sin consagrarme una memoria tierna;

Y deja que huya el abundoso río,
y suene en la florada,
en las mañanas del dorado estío,
el dulce son de trínadora orquesta,

Que nunca, ó Julia, recordar debemos
á nuestra infancia huida,
que el bien pasado tristes lloraremos
de aquella edad en aire convertida;

Pues siempre se presenta seductora
la infantil existencia,
y el alma á su recuerdo tal vez hora
perdida para siempre la inocencia:

Que triste es el vivir, si en sus dolores,
con el llanto en los ojos,
dió su adiós á la edad de los amores,
y empieza á caminar la edad de abrojos.

Perdiendo entonces el generoso aliento
del tiempo fatigado,
viviendo sin un goce ni un contento,
¡triste es la edad de la vejez cansada!

Si mezclo yó tal vez á mis canciones
memorias de amargura
es que no gozan, no, los corazones
una dicha sin fin alegre y pura.

Que si ayer á to lado delicioso
me sonrió el destino,

hoy el rigor de un bado borrascoso
viene á amargarne el mundanal camino.

Dichosa tú que en juventud lozama
cláusticos nif de amores
al albor de la luz de la mañana
puedes oír de amantes trovadores.

Coza sola ese bien, y tu alegría
reine en el pecho eterna,
nunca pasando un venturoso día
sin consagrarme una memoria tierna.

DANIAN RAYON.

LOS BAÑOS DEL CAUCASO.

Extractamos lo que sigue de un viaje á Georgia, á Circasia y á Rusia que acaba de publicar Mr. Cameron.

Los baños del Cáucaso son tan poco conocidos mas allá de los límites del imperio ruso, que no será inoportuno dar una ligera descripción de ellos.

Compónense de manantiales ferruginosos, unos calientes y otros fríos, aguas de caldo, aguas sulfurosas, distantes unas de otras cosa de 15 millas inglesas. Un funcionario nombrado por el gobierno dirige estos establecimientos que en general son excelentes. El agua ermal ferruginosa no se emplea muy á menudo. Los manantiales se encuentran generalmente colocados en un hermoso valle cubierto con un bosque espeso donde las autoridades rusas han establecido pascos encantadores, cuyas solitarias alamedas son muy favorables á la curación del enfermo. La segunda especie de baños, la de caldos, se emplean principalmente para la herida; para la languidez universal y otros males por este estilo. El nombre que tienen indica la propiedad de estos baños. Lo mismo que las aguas de Baden-Baden, estas tienen exactamente el gusto del caldo de gallina, con la diferencia que son mucho mas sabrosas. Sus manantiales están en la ciudad de Hassan Tourki, la mas grande y la mas poblada de las colonias militares de este país.

Las aguas sulfurosas son con mucho las mas fuertes que hasta ahora se hayan descubierto en el mundo. Contienen tanto azufre, que se dividen en tres clases distintas: baños de Alejandro, de Jermoloff y de Nicolás, teniendo cada cual su grado de fuerza diferente, y debiendo emplearse sucesivamente con gran precaución. Las enfermedades que curan de una manera que parece sobrenatural, son los reumatismos, la gota, la escrófula y los ataques de nervios ó apopléticos. Se usan tanto interior como exteriormente. Despues de haber tomado baños de las dos primeras clases de agua se pasa al baño de Nicolás, donde la introducción del enfermo es cosa que no se le olvida jamás. Cuando al salir de la pieza en que uno se desnuda, entra en la del baño, parece que se va á perder el sentido; tal es la fuerza sofocadora del vapor de azufre de que esta habitación está llena. Siempre está á la vista un soldado ruso para satiar á la persona que, vencida por los vapores ó por el calor, se quiebra albedada, lo que es bastante comun.

Cuando el enfermo se decide á hacer la prueba, mete una pierna en el agua, pero al instante la saca con un agudo chillido, pues se le figura haber entrado en un horno encendido: tal es el exceso del calor. Sin embargo el dolor es pasajero, y lo mas prudente es dejar la pierna donde se ha puesto. No se queda mas que cinco minutos en este baño; por consiguiente es preciso resolverse pronto. Todos los que en él entran lanzan gritos lastimeros; y cuando se ha cumplido el tiempo señalado, se arrastra el enfermo medio coído al punto donde está la ropa. Allí se le envuelve en sábanas calientes, el bañero le administra una fricción, y cae sin fuerzas sobre un sofá. Esta escena se repite todos los días hasta que por fin los enfermos se acostumbran al agua. Con el uso de estos baños se manda una dieta muy severa. El almuerzo se compone de una taza de café y un pedazo de pan; la comida de una ligera sopa, mucho menos agradable que el agua de caldos de Hassan Tourki, y una solitaria chuleta; la cena, en fin, de una taza de té verde y un pedazo de pan. Por ninguna consideración humana lograria un enfermo un átomo mas de alimento. Pero tambien los efectos de este baño parecen cosa sobrenatural, y es preciso haberlos presenciado para formarse una idea de la virtud fortificante que es propia de este manantial.

Apenas basta el número de los baños para la gran cantidad de enfermos que acuden á ellos; sin embargo, ahora se están construyendo nuevos edificios, y las disposiciones adoptadas por el gobierno ruso para la comodidad de los bañistas son tan excelentes, que pocas veces hay desorden. Hay grandes hoteles, aunque muy caros, bailes, paseos y varias otras diversiones.

Despues de haberse atormentado, y por decirlo así, rocido y recocado durante seis semanas, se hace una escursión á las aguas minerales de Mislawosk, á fin de recobrar aspecto exterior algo decente, lo que se verifica con una maravillosa rapidez. Ignoro la composición de estas aguas; lo que puedo decir por experiencia es que la primera vez que las tomé, sentí una borrachera como la que produce el Champaña, y á pesar de mi calma y reflexión sentí tentaciones de hacer las cosas mas disparatadas. Con pasar quince días ó tres semanas cerca de este manantial basta para reanimar y fortificar todo el cuerpo, tan desfallecido con el régimen de los otros baños, aunque los buenos efectos de estos, solo en los de Mislawosk se experimentan.

RECTIFICACION.

En el último artículo de *Crónicas españolas* inserto en nuestro número anterior, se pusieron equivocadas la primera partida y la suma, de lo que importaba lo que percibía el Conde-Duque de Olivares durante su privanza. Se puso como primera partida la cantidad de 488000 ducados, debe decir 42000; en la suma total dice 488; debe decir 242000.

Editor responsable, EL LICENCIADO DON TOMAS ANAÍS

MADRID: Imprenta de EL ESPAÑOL.

A cargo de DON LUIS GARCÍA.—Plancha de ISABEL II